

d'intentar definir què és el que una biblioteca i el seu fons ens pot dir del seu propietari, ja sigui un particular o bé una institució o una universitat. Aquest és el cas dels articles d'Arantxa Domingo, d'Abraham Madroñal o de David Hook. En tot cas, són articles destinats a especialistes i estudiósos amb necessitats i temes a tractar molt concrets.

D'altra banda, també s'hi inclouen uns quants articles, com ara els de Montserrat Comas i Güell o el d'Ana Martínez Ruz, que analitzen aspectes més generals sobre un fenomen que apareix a inicis del segle xix amb la revolució industrial i l'aparició de la classe obrera. Es tracta de l'aparició de les biblioteques públiques. Aquests centres van ser causa i efecte de la introducció de les classes populars en el món del llibre i la lectura, i la seva creació va comportar un replantejament d'absolutament tot allò relacionat amb la comunicació a través de la cultura impresa. A l'article de Montserrat Comas, hi queden palesos els diversos motius pels quals el món de la lectura fa un gir cabdal que ens ha portat fins a l'actualitat. Amb les biblioteques públiques, es dóna accés a les masses a una instrucció intel·lectual de la qual no havien gaudit fins llavors, i aquests coneixements estan determinats pel tipus de lectures que se'ls posen a l'abast. I aquí comença el problema: qui determina els llibres que s'han de posar a les mans de la classe obrera? Quines ideo-

logies interessa o no que conequin? Qui ha de finançar i conduir aquest tipus d'installacions? Totes aquestes qüestions preocupaven, perquè podien determinar el rumb d'una societat, perquè la lectura a l'abast de tothom fou en aquell moment un fet insòlit i perillós per a alguns sectors socials. Així doncs, en els últims dos segles ens hem adonat que la lectura pública és un poderós fenomen cultural. I amb institucions com l'IHLL i obres com la present, el que es pretén és anar més a fons en aquest univers de la cultura escrita, per tal de definir les societats passades i futures, perquè, de fet, som el que escrivim, els llibres són el testimoni de la nostra història i és necessari que els donem un lloc en el món acadèmic i en la investigació històrica, perquè la cultura escrita ens defineix com a humans. Si no, per què en els últims anys els estudis dedicats al món de la lectura femenina són a l'ordre del dia? Les dones cerquen la seva identitat dins la història, on fins ara han ocupat un paper secundari, i la lectura és una bona eina per definir-se una mica millor dins la societat. El mateix IHLL ha dedicat una obra a aquest tema, i en la present trobem diversos articles que flirtegen amb aquest món per descobrir, un món que permetrà entendre una mica millor l'evolució de la dona en la història.

Blanca Vilageliu Borrut  
Universitat Autònoma de Barcelona

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier; CHASSIN, Joëlle (coord.)  
*L'avènement de l'opinion publique. Europe et Amérique XVIIIe-XIXe siècles*  
 París, Budapest, Turí: L'Harmattan, 2004  
 Collection Recherches et Documents-Espagne, 360 p.

En un texto de finales del siglo xvi, Girolamo Cardano calificó la opinión como la *regina del mundo*. Durante los siglos siguientes, esta idea fue retomada innumerables veces, hasta llegar al extremo de que la modernidad política sería inconcebible sin contar con la opinión pública. Se trata de un concepto muy

utilizado, aunque ambiguo e impreciso, que puede definirse como el producto de un libre debate social sobre los asuntos de interés público, cuyo resultado deberían tener en cuenta las autoridades de una u otra forma.

La opinión pública entró a formar parte del discurso político coincidiendo con las

postimerías del Antiguo Régimen y el nacimiento del liberalismo en el mundo occidental. La idea se fundamentó en la Ilustración francesa, cabeza de un movimiento europeo de educación, crítica y reforma. Respaldaron el proceso la prensa y las nuevas pautas de sociabilidad, como las tertulias en clubes o cafés. El concepto nació con unos pocos enciclopedistas, políticos y hombres de letras franceses de la segunda mitad del siglo XVIII y obtuvo un éxito fulgurante, tanto en Europa como en América. Se asoció al sueño contra la tiranía y a una incipiente democracia, adoptando un rol clave en las revoluciones francesa, ibérica e hispanoamericanas. La réplica la ofrecieron los contrarrevolucionarios, que denunciaron la falaz retórica reformista y crearon un discurso alternativo. La euforia del ideal ilustrado de opinión cedió su lugar a la decepción: fácilmente manipulable, la opinión pública podía convertirse en una tiranía de los mediocres. En definitiva, este concepto acompañó los cambios sociológicos y sufrió fuertes mutaciones semánticas en su evolución histórica.

La noción de opinión pública es inseparable de un conjunto de categorías político-sociales que constituyeron una alternativa al Antiguo Régimen y que formaron parte de la nueva cultura política inventada: nación, sociedad civil, representación, constitución, democracia, liberalismo. Se tratará de un concepto polisémico y dinámico en cuya conflictiva definición colaborarán multitud de actores y que acabará imponiéndose en el discurso de todo el mundo occidental.

Cabe inserir *L'avènement de l'opinion publique* dentro del interés que suscitan en la actualidad los estudios sociohistóricos. El proyecto surge de un equipo de investigadores de la Universidad de País Vasco que dirige el catedrático de Historia del Pensamiento Político Javier Fernández Sebastián, el cual estudia desde hace algunos años el proceso histórico de cómo se gestó la opinión. Junto con otros sociólogos, polítólogos e historiadores franceses y lati-

noamericanos esboza una aproximación a los orígenes y las primeras etapas de la opinión pública moderna. Un fenómeno que tiene lugar, *grossó modo* y según las naciones, entre finales del siglo XVIII y principios del XIX. La obra examina en particular los casos de Francia, España y Latinoamérica, y establece paralelismos entre ellos.

Los diferentes ensayos que contiene el volumen toman como referencia los trabajos pioneros de R. Koselleck y J. Habermas (aunque a veces de forma muy crítica) o los más recientes de K. M. Baker y R. Chartier, entre otros. Se presenta una historia de los usos de la noción de opinión pública ligados a coyunturas políticas e intelectuales precisas. Asimismo, cobra importancia lo que dijeron o escribieron sobre este particular algunos agentes históricos concretos —autores, publicistas o políticos— en diferentes contextos políticos y discursivos y con intenciones muy diversas. A pesar de que el contenido de algunos artículos no es novedoso y que la visión que ofrece, a modo de puzzle, es necesariamente fragmentaria, el libro ayuda a comprender el complejo proceso del ascenso, apogeo y crisis del ideal liberal de opinión pública.

*L'avènement de l'opinion publique* está compuesto por un conjunto de diecisiete ensayos, que siguen un eje cronológico y se estructuran en tres bloques: «Ilustración y revolución. Los inicios de la opinión pública», «Viejo y Nuevo Mundo en la bisagra de la modernidad» y «Publicidad y sociabilidad en el siglo XIX en Europa y América». Tras la introducción, que corre a cargo de Fernández Sebastián, Lucien Jaume y Jacques Guilhaumou penetran, en sendos artículos, en el pensamiento de dos destacados reformistas franceses: J. Necker y E. J. Sieyès. En su *Compte Rendu au Roi* (1781), donde expuso el estado de la Hacienda, Necker invocaba a la opinión pública, rompiendo con el discurso oficial de la monarquía absolutista establecido desde Luis XIV. Según Sieyès, el concepto sólo cambia al establecerse un nuevo orden de cosas, para después permanecer en un

*point-fixe*, enlazando las costumbres y las leyes. Visto que desde un primer momento tuvo lugar una competición discursiva por la definición y apropiación de la opinión pública, Laurence Kaufmann pone énfasis en mostrar la evolución de sus dos caras en el Siglo de las Luces francés: concepto descriptivo de una realidad social para unos y ficción ideológica para otros.

Joaquín Álvarez Barrientos expone los cambios operados en España en la relación de los escritores, la opinión pública y el poder político durante el siglo XVIII. Para conseguir «educar» libremente la opinión de la sociedad, el escritor intenta desligarse de una relación con el poder de tipo clientelar. Por su parte, Nere Basabe incide en la relación entre la paz y la publicidad de las decisiones políticas. Autores como Kant, Bentham o Jovellanos presentaron iniciativas de concordia internacional, cuya base serían la libertad de prensa y la representación política.

La ideología conservadora es expuesta por Juan Olabarriá Agra en dos artículos. En el primero, trata de las nociones de opinión y de público en el pensamiento contrarrevolucionario a través de las ideas de E. Burke, J. de Maistre y L. de Bonald. En el segundo, estudia las relaciones entre opinión y publicidad en el tradicionalismo español de la época de Isabel II (1843-1868) a través de los escritos de M. Ferrer, P. de la Hoz y J. Balmes. Frente a la razón y la opinión elitista ilustrada, la derecha liberal opuso el prejuicio y una especie de populismo conservador. Sin dejar de lado España, Iñaki Iriarte aborda la relación entre retórica y opinión pública. Tras desvanecerse el sueño de una opinión ilustrada se impuso la moderación en el discurso del proyecto liberal, aunque nadie quiso renunciar al «poder mágico» del lenguaje para cautivar al pueblo. Tanto Richard Hocquellet como Claude Morange recurrieron a la prensa española de la época para sostener sus argumentos. El primero se refiere a la formación de la opinión pública en el prolífico debate periodístico que tuvo lugar durante la Guerra

de la Independencia española (1808-1814). Por su parte, Morange demuestra que el concepto derivó hacia la ambivalencia, siendo instrumentalizado por todos los sectores políticos. Resumiendo el conjunto de las aportaciones anteriores, Fernández Sebastián compara las fases culminantes del advenimiento de la opinión pública moderna en los casos francés, británico y español, y explica por qué fue en Francia donde fraguó por vez primera el concepto.

Cuatro diferentes ensayos analizan este mismo proceso en la América latina del siglo XIX. Allí, el proceso histórico difiere considerablemente del europeo a causa de la ruptura del vínculo colonial y la creación de una estructura de poder independiente. En el caso mexicano —descrito por Annick Lempérière y Elías Palti—, las ideologías liberales vieron en la opinión pública un poderoso medio de lucha contra los antiguos valores corporativos, monárquicos y religiosos. Según Palti, sólo la voluntad de los individuos podía dar a las nuevas autoridades un fundamento de legitimidad, pero el concepto de opinión pública se contaminó por un ideal unanimista en total contradicción con su idea moderna. Joëlle Chassin aborda las modalidades de aparición de la noción en el Perú a partir del análisis de tres efímeros periódicos que aparecieron entre 1811 y 1812 y cuyas voces intentaron convertirse en intérpretes del descontento general. Por otro lado, Pilar González Bernaldo se sirve del estudio de dos asociaciones culturales de la provincia de Buenos Aires para revisar las relaciones entre publicidad y opinión pública durante el período 1821-1852.

De nuevo en el marco europeo, María Cruz Mina investiga el doctrinariismo francés, un sistema político que trata de armonizar las transformaciones revolucionarias con las instituciones legadas por la tradición, a través del pensamiento de F. Guizot. Finalmente, Gonzalo Capellán de Miguel reivindica la importancia del período 1870-1910 en la revisión científica de algunos conceptos básicos del liberalismo, incluido el

de opinión pública. Éste fue un debate europeo que entró en España de la mano de los intelectuales krausistas.

En la mayoría de los ensayos de *L'avènement de l'opinion publique* subyace la cuestión del enfrentamiento dialéctico entre opinión pública y representación política, dos conceptos que constituyen el núcleo de nuestros actuales gobiernos representativos. Ambas nociones se presentan como dos vías alternativas para expresar un mismo ideal de unidad social en los albores del período contemporáneo. Las voces de la época invocaron a la opinión pública como una fuerza poderosa y unitaria y como principal legitimador de regímenes y causas. Sin embargo, a menudo la opinión del pueblo no coincidía con la de sus representantes. Esto muestra el débil vínculo que unía la opinión pública y la formulación de la práctica política gubernativa. No obstante, la representación política se definió como el modelo ideal de organización de las relaciones políticas, principio que quedó establecido en las primeras constituciones liberales.

En los inicios de la modernidad surgen diferentes modelos de interrelación entre la opinión pública y la representación. En Francia, la primera se impuso a la segunda. Cuando Necker invocaba a la opinión, pensaba en un sustitutivo de una asamblea elegida. Del mismo modo, para los doctrinarios, la clave del sistema representativo moderno no eran tanto las elecciones como la publicidad (entendida como libertad de prensa). Por el contrario, en Gran Bretaña el gobierno representativo redujo la opinión pública a una instancia meramente consultiva. A largo plazo, fue éste el modelo que se impuso en todo Occidente. En todos los casos, el poderoso advenimiento de la opinión condujo a importantes cambios políticos

e institucionales en el terreno de la representación.

Tanto la «opinión sin representación» francesa como la «representación sin opinión» británica se ocultaron bajo la retórica de la voluntad general. Esto equivalía a postular una opinión pública consensuada, lo que sirvió para levantar frente a los intereses particulares la barrera del interés general. Tanto liberales como conservadores acabaron utilizando el concepto contra la opinión real, en términos claramente antidemocráticos. El liberalismo inspiró las revoluciones burguesas que derrocaron al absolutismo combinando el individualismo con principios universales que son trasladables a toda la humanidad. Pero la igualdad no figuraba como objetivo en las formulaciones iniciales de esta doctrina. Además, liberalismo y conservadurismo fueron asociándose progresivamente.

Como sostiene C. Morange, la identificación de liberalismo y democracia resultó ser un mito. De forma análoga, la doctrina neoliberal actual se sirve de los medios de comunicación, controlados por grandes grupos, para fabricar y manipular a su antojo la pretendida opinión de los pueblos. De este modo, advertimos con perplejidad cómo se tambalean los valores democráticos en los que debería basarse nuestra convivencia.

Tildada de «reina del mundo», «tirana de Europa» o «p... de la república», todas las corrientes políticas y sociales han utilizado (y siguen haciéndolo) la opinión pública en función de sus intereses. En cualquier caso, *L'avènement de l'opinion publique* ilumina esta controvertida noción aportando diversas visiones que nacen de la sociología y la historia.

Joan Costa Bonet  
Universitat Autònoma de Barcelona